

Noche de paz¹

1. *¡Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!* Esta noche bendita, volvemos a escuchar, con la emoción de la primera vez, las palabras con que el ejército de los ángeles en el Cielo alabó a Dios en la primera Navidad.

El gran bien que el nacimiento de Jesús trajo al mundo es, precisamente, la paz. Los expertos consideran una especial providencia de Dios que el Niño viniera al mundo en el contexto de la *Paz romana*. Unos pocos años antes, en efecto, el emperador César Augusto, (el que decretó el censo al que alude el texto de san Lucas que acabamos de escuchar), había cerrado solemnemente las puertas del templo de Jano, las cuales debían permanecer abiertas en tiempos de guerra. Ese dios, Jano, al que se consagraba el primer mes del año (*Januarius*), supuestamente cuidaba a las legiones romanas en sus combates. Con ese gesto, por tanto, empezó un largo tiempo de paz en el Imperio.

2. Pero esa paz humana, era solo un pálido reflejo de la verdadera paz. La que nos trajo Jesús con su nacimiento. La paz anhelada por el pueblo de Israel, año tras año, y que con tanta belleza había profetizado Isaías: *Porque tú quebrantaste su pesado yugo, la barra que oprimía sus hombros el cetro de su tirano (...) Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado (...) y su nombre será (...) Príncipe de la paz².*

La paz que surge de la reconciliación con Dios que nos trajo Cristo. Una paz interior que es fruto de la gracia del misterio de la Encarnación. Dios nos otorga su perdón, cierra el abismo que el pecado de Adán había abierto entre Dios y el hombre, y establece la paz entre ambos. Al sabernos amados por Dios, nos reconciliamos también con nosotros mismos. Nos llenamos de paz y, luego, podemos llevarla a los demás.

3. San Juan Pablo II lo explicaba así a un grupo de estudiantes universitarios: *Existen dos tipos de paz: la que los hombres son capaces de construir por sí solos, y la que es don de Dios (...). La que viene impuesta por el poder de las armas y la que nace del corazón. La primera es frágil e insegura; podría llamarse una mera apariencia de paz porque se funda en el miedo y en la desconfianza. La segunda, por el contrario, es una paz fuerte y duradera porque, al fundarse en la justicia y en el amor, penetra en el corazón; es un don que Dios concede a quienes aman su ley. Esta segunda paz, verdadero don del Cielo, es la que recibiremos todos esta noche y todos los días, muy especialmente en el rito de la paz de nuestra Eucaristía³.*

Recuerdo que hace unos años, desayunando con un amigo, que pasaba por una temporada de mucha tribulación. Aunque su situación económica era desahogada, tenía graves problemas de inseguridad en su empresa y en su familia (incluido el secuestro de una hija, del que gracias a Dios, salió bien librada). Me decía, quejándose con toda razón: *No entiendo por qué, al llegar los sacerdotes al momento de la paz, lo hacen a toda*

¹ Homilía en la Nochebuena de 2018.

² Primera lectura, Isaías 9, 3. 5.

³ SAN JUAN PABLO II, *Discurso al UNIV 86*, Roma, 24-III-1986.

velocidad. Yo es lo que más anhelo, lo que más necesito. Por eso voy a misa, porque quiero que Cristo me llene de paz.

Les confieso que desde entonces, ordinariamente, procuro hacer el rito de la paz con más pausa y atención: *Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: “La paz les dejo, mi paz les doy”, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia y, conforme a tu palabra, concédela la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos*⁴. El celebrante implora la paz de Dios para la Iglesia. Luego la comparte con los fieles: *La paz del Señor esté siempre con ustedes*⁵, les dice. Y, a continuación, invita a los fieles a compartirla entre ellos fraternalmente.

4. Tendríamos que salir, por tanto, de cada misa, llenos de paz. Con el renovado afán de luchar contra el pecado personal que es lo que siempre nos quita la paz y nos deja una sucia huella de soledad y de tristeza. Y dispuestos, cueste lo que cueste, a sembrar la paz por el mundo entero. La paz y la alegría de los hijos de Dios. Porque no olvidemos que Cristo dijo: *Dichosos los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios*⁶).

La paz y la filiación divina van de la mano. Si vivimos como hijos de Dios, decía san Josemaría, *realizaremos en el mundo una hermosa tarea de paz*⁷. *Porque los hijos de Dios han de ser siempre sembradores de paz y de alegría*⁸.

5. Esta noche, en el mundo entero, se entonarán villancicos en honor del niño Jesús. Yo les quisiera recomendar uno especialmente bello, muy conocido, de origen austríaco y cuya letra fue compuesta por un sacerdote católico. Un villancico universal, que además está cumpliendo esta Navidad doscientos años: *Noche de paz*:

Noche de paz, noche de amor. Todo duerme en rededor. Entre los astros que esparcen su luz, viene uno anunciando al niño Jesús. Brilla la estrella de paz. Brilla la estrella de paz.

Que Santa María Virgen, *Regina pacis*, Reina de la paz, nos obtenga de su Hijo Jesús ese bendito don del Cielo para nosotros, para nuestras familias, para toda la humanidad.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, nochebuena de 2018

⁴ Misal Romano, *Ordinario de la misa, rito de la paz*.

⁵ *Ibid.*

⁶ *Mateo 5, 9.*

⁷ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, n. 93.

⁸ SAN JOSEMARÍA, *Surco*, n. 59.

